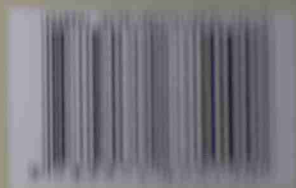


¿Cuáles son las causas que impiden a América Latina salir de una vez por todas a un estadio de desarrollo que elimine la pobreza y las desigualdades sociales en que está sumergida desde hace siglos? ¿Cuándo será América Latina una región de oportunidades para sus pueblos en lugar de un sitio desde donde millones de sus hijos abandonan cada año sus maletas para buscar horizontes mejores en lugares a los que gobernantes, intelectuales e, incluso, muchos de los mismos amigos dicen irse antes de partir? ¿Cuándo será, en fin, el momento en que América Latina sea una región que funcione? ...

... El título y el contenido de este libro, al menos parcialmente y sin quererlo, anuncia nunca lo mencione en forma expresa a lo largo de todo el texto, se una respuesta a la famosa obra del uruguayo Eduardo Galeano, que tanto ha contribuido a molitar el pensamiento llorón y maniqueo de los pobres latinoamericanos, siempre víctimas de la maldad de los otros. Es que Las venas abiertas de América Latina no solo consiguió reforzar el sentimiento de autocompasión arraigado en las sociedades de la región, sino que alimentó una mirada hipócrita y demagógica de muchas decenas e incluso cientos de Europa y Estados Unidos, que inculcan en sus estudiantes primarrituales superficialidades y paradigmas falsos que, presentados como "culturas indígenas" indígenas o mestizas, acaban por confundir y, sobre todo, por impedir que sus alumnos aprendan algo en serio sobre lo que verdaderamente pasó en una parte del Hemisferio Occidental ...

Claudio Paolillo

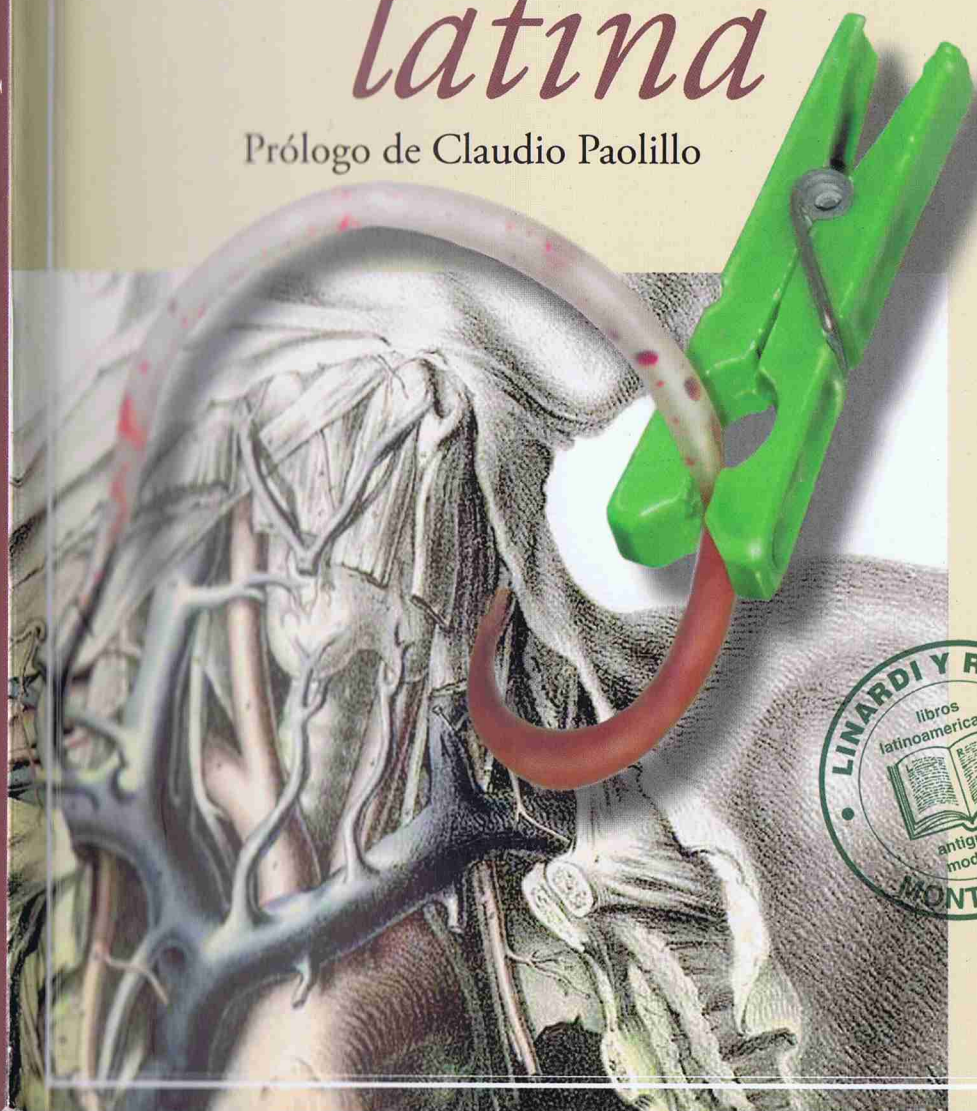


MARCOS CANTERA CARLOMAGNO Las venas tapadas de América Latina

MARCOS CANTERA CARLOMAGNO

Las venas tapadas de América Latina

Prólogo de Claudio Paolillo



Prólogo

Claudio Paolillo

¿Cuáles son las causas que impiden a América latina saltar de una vez por todas a un estadio de desarrollo que elimine la pobreza y las desigualdades sociales en que está sumergida desde hace siglos? ¿Cuándo será América latina una región de oportunidades para sus pueblos en lugar de un sitio desde donde millones de sus hijos preparan todos los años sus maletas para buscar horizontes mejores en lejanos lugares a los que gobernantes, intelectuales e, incluso, muchos de los mismos emigrantes dicen detestar antes de partir? ¿Cuándo será, en fin, el momento en que América latina sea una región que *funcione*?

El Premio Nobel de la Paz en 1987, Oscar Arias, que por segunda vez preside uno de esos pocos países latinoamericanos que se diferencian de los demás por su relativa homogeneidad —aunque, a pesar de sus esfuerzos, siguen a estimable distancia del mundo que funciona—, mencionó hace poco a naciones que él considera podrían ser modelos para

que América latina salga de su atraso. “Los países escandinavos, ciertamente”, respondió Arias sin dudarle a un periodista de la revista brasileña *Veja*. “Noruega, Suecia y Dinamarca tienen muy poca desigualdad social y programas sociales muy fuertes. Sus ciudadanos y empresas pagan impuestos elevados para satisfacer las necesidades de los más pobres. Sin embargo, la alta carga tributaria no les impide ser competitivos en el exterior”, dijo el presidente costarricense. Arias rescató asimismo la experiencia de otros dos países: “Corea del Sur también es un ejemplo a seguir porque tuvo un avance tecnológico notable. Posee altos índices de acceso a Internet y una educación de muy buena calidad. Igual que Singapur”. Y entonces hizo la reflexión lógica, esa que nos condena a los latinoamericanos desde hace siglos: “En 40 años, estos dos países pasaron del Tercer al Primer Mundo. América latina ya tiene más de 500 años y no nos movemos del mismo lugar. Una educación para pocos y una enseñanza de mala calidad hacen que nuestra región continúe siendo pobre”. Con ser importantes, estas manifestaciones del presidente Arias no son todas las razones que explican por qué nos va mal. ¿Por qué cientos de miles de ecuatorianos huyen de su país rumbo a España? ¿Por qué Estados Unidos está lleno de mexicanos y centroamericanos que cruzaron la frontera? ¿Por qué Canadá y Europa causan tanta atracción para otros miles y miles de argentinos y uruguayos?

El título y el contenido de este libro, al menos parcialmente y aun cuando su autor nunca lo mencione en forma expresa a lo largo de todo el texto, es una respuesta a la famosa obra del uruguayo Eduardo Galeano, que tanto ha contribuido a moldear el pensamiento llorón y maniqueo de los *pobres latinoamericanos*, siempre víctimas de la maldad de los otros. Es que *Las venas abiertas de América Latina* no sólo consiguió reforzar el sentimiento de autocompasión arraigado en las sociedades de la región, sino que alimentó una mirada hipócrita y demagógica de muchos docentes e intelectuales de Europa y Estados Unidos, que inculcan en sus estudiantes primermundistas superficialidades y paradigmas falsos que, presentados como “curiosidades tropicales”, indígenas o mestizas, acaban por confundir y, sobre todo, por impedir que esos alumnos aprendan algo en serio sobre lo que verdaderamente pasa en esta parte del Hemisferio Occidental.

Durante el año 2005, el Banco Mundial decidió que un grupo de sus economistas se pusiera a investigar la cuantía de las contribuciones relativas de todos los tipos de capitales que suman para el desarrollo económico general de cada país. El resultado fue un valioso documento titulado *¿Dónde está la riqueza de las naciones? Midiendo el capital para el siglo XXI*. Los expertos del Banco Mundial empezaron a hacer su trabajo con las mediciones clásicas. Esto es, investigaron, evaluaron y avaluaron cuánto pesan en la riqueza de los países el capital natural (las energías no renovables como el petróleo, el gas, el cobre y otras fuentes minerales, el cultivo de la tierra, el ganado y los recursos pesqueros) y el capital construido (la suma de toda la maquinaria, el equipamiento, las infraestructuras y las tierras urbanas). Ronald Bailey, un periodista de *The Wall Street Journal*, subrayó al comentar el informe que “cuando los investigadores sumaron el valor de todas estas cosas se encontraron con que algo grande estaba faltando: ¡nada menos que la vasta mayoría de la riqueza que existe sobre la Tierra!”. Es que si sólo se suma el valor actual de los recursos naturales y construidos de un país, no hay modo para medir su nivel de ingreso de una forma efectiva. ¿Qué les faltaba, pues, a estos economistas? Les faltaba lo que se conoce como los factores intangibles, aquellos que, contra todo lo que se cree vulgarmente, son los que más pesan a la hora de aumentar la productividad del trabajo y multiplicar la riqueza total.

Una vez que el estudio hubo terminado, el Banco Mundial descubrió que “el capital humano y el valor de las instituciones (medidas como el imperio de la ley) representan la mayor parte de la riqueza en virtualmente todos los países”. Más precisamente, el 80% de la riqueza en las naciones más prósperas y el 60% en las más pobres deriva de factores intangibles. El Banco Mundial concluyó que “los países más ricos son ricos principalmente por los habilidades y conocimientos de sus pueblos y por la calidad de las instituciones que respaldan la actividad económica”. ¿Y qué son los factores intangibles? Son aquellos que no por casualidad, como lo plantea el autor de este libro, están en crisis en América latina: la confianza entre los integrantes de la población en una sociedad, un sistema judicial eficiente (uno que funcione realmente y no sólo en los papeles), claridad en cuanto a la protección de los derechos de propiedad y Estados que sean a la vez eficaces y eficientes.

Ahora que esto se puede medir gracias a la investigación del Banco Mundial, es más fácil explicar por qué un inmigrante mexicano en Estados Unidos es cinco veces más productivo que si hubiera resuelto permanecer en México y hacer exactamente lo mismo. No es porque Estados Unidos tenga más máquinas, más herramientas o más recursos naturales: es porque un estadounidense promedio tiene acceso a 420.000 dólares en riqueza intangible, mientras que un mexicano promedio puede gozar de apenas 35.000 dólares derivados de ese capital.

En los países de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), el promedio per cápita de riqueza es de unos 440.000 dólares estadounidenses: 10.000 provienen del capital natural que poseen, 76.000 del capital que construyen y... ¡354.000 del capital intangible! En cambio, la riqueza total de las naciones de menores ingresos promedia los 7.200 dólares por persona: 2.100 de capital natural, 1.150 de capital construido y casi 4.000 de capital intangible. Quiere decir que cada vez que una persona de una nación pobre entra como inmigrante a uno de los países de la OCDE, inmediatamente gana acceso a un capital intangible de 350.000 dólares. El periodista de *The Wall Street Journal* se pregunta lo evidente: “¿quién no querría cruzar la frontera en esas circunstancias?”.

El autor de esta obra propone (y en mi opinión lo consigue demostrar) que ninguno de los factores intangibles que empujan mucho más que cualquier otro la prosperidad de una nación estaban presentes ni en la gran mayoría de los hombres que protagonizaron la conquista de América latina desde 1492 ni en los gobiernos que la promovieron desde las metrópolis; ni entre los españoles ni, agrego de mi cuenta, entre los portugueses que llegaron a Brasil. La carta que Cristóbal Colón escribió el 30 de enero de 1494 a los reyes católicos es bien elocuente en este sentido. Colón advirtió temprano que muchos de los hombres enrolados para viajar a las Indias eran personas “de avería” y por eso les pedía a los monarcas que se tomaran en serio este asunto de conquistar a otro continente y mandar, en lo sucesivo, a quienes pudieran llegar mirando “más a lo por qué se [les] envía y no a sus propios intereses”.

El engaño —y con él la desconfianza— efectivamente vinieron a América latina a bordo de las carabelas que cruzaron el Océano Atlántico. “Los carpinteros —escribió Colón en aquel memorándum— como todos los oficiales que acá han venido, que, además de ser malos maestros no se puede lograr que hagan lo que deben, prometiéndose el sueldo como a buenos maestros que decían ser, y hasta aquí se les había pagado sin problemas, pero algunos más bien merecían castigo porque vino gente por carpintero que no conocía el hacha”. Ese y otros fraudes mayores cometidos antes de zarpar la expedición que cambiaría la historia del mundo eran atribuidos por Colón nada menos que al jefe de los contadores reales de España. “Parece que Juan de Soria, después de dado el dinero del sueldo, por algún interés suyo, puso a otros en lugar de aquellos que yo acá pensaba encontrar y hallé gente que yo nunca había visto; en esto ha habido gran maldad”. Ya entonces el Estado no era ni eficaz ni eficiente, sino simplemente ladrón. El factor intangible de una justicia que funcione también llegó magullado en aquellas embarcaciones. Un siglo después, Jerónimo Cevallos lo escribió más crudamente aún: “Jamás se han visto tantos tribunales y menos justicia; jamás tantas leyes, abogados, escribanos, notarios y menos escuchada ha sido la causa del pobre”.

La propiedad privada arribó ya entonces herida de muerte a estas costas del Atlántico. Como prueba el autor de esta obra, “en ningún momento se pudo instaurar en las colonias sociedades competentes y competitivas. La guerra de conquistadores [...] y la fracasada obsesión real de supervisar cada carga y cada hombre que se embarcase a la Española en el gran proyecto de asentamiento de 1493 a fin de evitar engaños son ejemplos de ello: por más instancias de control que se establecieron, por más leyes y órdenes que se impartieron, la corrupción y el fraude estuvieron siempre presentes, tiéndolo todo”.

Los factores intangibles que restan en lugar de sumar para la riqueza total —esos que suelen llamarse “antivalores”— fueron en la época de la conquista tan similares a los que pululan hoy mismo a lo largo de toda América latina, que cuesta separarse de la tesis del autor en cuanto a que la cultura transplantada en las naves hispanas fue —y sigue siendo— “causa fundamental del subdesarrollo latinoamericano”. Ya en los siglos XV,

XVI y XVII, las diversas realidades que España vivió aconsejaron una y otra vez a la corona española a bajar el desmesurado gasto público, disminuir los subsidios, rebajar la presión fiscal, limitar los privilegios, acabar con el clientelismo político a costa del Estado o combatir el contrabando. Pero los reyes siempre obraron en manera contraria: ¿había demasiado clientelismo en la venta de cargos públicos? ¿Entonces se lo aumentaba! ¿Los impuestos estaban muy altos? ¿Más altos los ponían y, además, creaban nuevos! ¿La deuda era muy grande? ¿Más deuda tomaban y de paso devaluaban la moneda! ¿No era suficiente con eso? ¿Se suspendían los pagos y se deshonraban los compromisos contraídos! ¿La inflación se desbordaba? ¿Se disponían controles de precios que siempre resultaban ineficientes! Y el resultado no podía ser de otro modo, resultando así un aparato productivo débil, una administración pública ineficaz y deshonesta, una sociedad intolerante e inculta, una escala de valores que despreciaba el trabajo y el esfuerzo individual por progresar, corrupción institucionalizada, burocracia enquistada como un cáncer, mediocridad gubernamental, parasitismo de los acomodados...

Ocurría esto hace siglos en la Madre Patria. Y, a pesar del tiempo transcurrido y de la misma inmensidad oceánica que separa al Viejo Mundo del Nuevo, no sería responsable ni lógico echar al cesto la tesis que presenta *Las venas tapadas de América latina*, por más revulsiva, antipática y chocante que pueda parecerle a algunos. Antes bien, la sana *provocación* que este libro supone debería, por lo menos, movernos a reflexionar con seriedad y sin lloriqueos de niños malcriados sobre nuestra propia responsabilidad en los males que nos aquejan. Quizá de ese modo podríamos comenzar a sacudirnos el lastre que hasta hoy nos ha impedido arrojar a la basura toda la pesada carga de una gigantesca equivocación que ya ha cumplido más de medio milenio. Tal vez así hasta podríamos empezar a soñar con labrar nuestro propio destino y entonces, y sólo entonces, proclamar que hemos descubierto la libertad.

Claudio Paolillo

Las venas tapadas de América latina

